

Palabra empecinada / Luisa Futoransky

Ante todo, quiero agradecer a Silvia Castellero, y por su intermedio a Luvina, por esta oportunidad que me brindan de decir, de pensar, de compartir decir y pensar "y, por tanto, testimoniar", de alguna manera evaluando cuanto hice de mi elección de trabajar con la palabra.

Esto sucede en momentos en que, por la fuerza de gravedad a la que estoy sujeto todo lo vivo, el camino que me presenta el retrovisor es bien nutrido, en tanto que el espejo delantero es estrecho, breve y enigmático.

También ocurre en tiempos en que, gracias al entusiasmo del compilador Mariano Rolando y de mi editora argentina, Leviatán, se reeditan mis cuatro primeros libros de poesía, bajo un título exacto: Los años argentinos 1963-1972.

Tras un par de arduas relecturas llegaron las pruebas. En esos días me topé con un recorte de Le Monde, de una entrevista a Michel Butor, quien a los ochenta, como yo, tuvo que rever, con miras a su publicación, sus escritos de los veinte años.

Así, casi se vio obligado a sumergirse, y de manera muy atenta, en la superficie del texto, explorar, concentrarse en una coma y, como un arqueólogo, soplar el polvo acumulado por su hallazgo. Sortear asperezas. Eliminar "si uno se atreve" uno que otro ripio. Se haga lo que se haga por evitarlo, se inicia entonces un viaje en la máquina del tiempo, a veces montaña rusa, a veces tedio en larga planicie. Corregir esas pruebas significa para mí, y valga la redundancia, una dura prueba. Casi iniciática. «Se trata de saber si uno podrá aguantar el combate consigo mismo», insiste Butor. Para mí, además, se suma comprobar a través de esos libros mi propia evolución respecto del tema género. Había un camino de los estragos ocasionados por el amor romántico a un combate más social y feminista. También supuso amargura y desencanto ante fracasos mayúsculos, como la esperanza fallida de lograr el aborto legal en Argentina.

¿Me iré de aquí sin que las mujeres obtengamos el derecho a disponer legalmente de nuestra propia anatomía?

Constante que comienza en esos años mozos es mi reflexión sobre el tema de Luvina 95: qué fue para mí la libertad creadora y cómo la dije con la herramienta que, al menos eso creo, mejor manejo y conozco. De ahí en adelante se fue imponiendo en poesía como temática que remolinos, naufragios y agonías propias de la pasión fueron dando lugar a la búsqueda ética de justicia, una sed permanente que espero me sobreviva.

Recuerdo también de paso una definición primera que brindé de poesía y nunca publiqué. Decía:

Poesía siempre rebelión.

Poesía, todo lo que elegiste no elegir.

Pese a la ingenuidad de esas dos líneas, no me avergüenzo de todavía comulgar con ellas.

En cuanto a las que siguen, me parece bien comenzar esta selección de textos con lo máspreciado que tenemos o deseamos obtener:

Libertad libertad

es bueno que existan palabras feudo de una lengua
palabras que nadie puede llevarse a otro lugar,
barnizarlas, cambiarlas de finalidad y uso
ricochet
saudade
dépensement
son un ejemplo

querida libertad libertad,
en cambio, va de mano en mano
atraviesa fronteras
virtuales
y rejas de prisiones
pasa por cernidores en ríos de lava y oro

después de tanto enjugarse con ella la boca
de siglo en siglo
los oradores y falsarios
mucho arenilla, mucho himno y sangre
se pierde en el lavado.
sin embargo
alguna pepita
queda
vale la pena por cierto
sólamente por ella

Â anida espanto
Â y machacona la cadencia
Â remota del danzÃ³n

Â

Â La mano fÃ©til

Â las plantas como las palabras crecen en forma inesperada
Â por tanto hay que modelarlas de acuerdo a su naturaleza, sin desdeÃ±ar el azar

Â yuxtaponer sin confundir ni empastar, dice
Â mostrando las palmas llagadas de otros brotes, otras podas

Â tras los rigores del invierno, la gracia

Â la rosa de JericÃ³ es una rosa que se hace la muerta y cuando la asperjan
Â revive
Â con olvido
Â pero mÃ¡s que nada
Â con paciencia

Â

Toc toc

se entra en poesÃ-a

Â Â Â Â Â Â se entra en religiÃ³n

Â Â Â Â Â Â Â¿a quÃ© otros lugares que no existen se entra de manera tan singular?

en puntas de pie

Â Â Â Â Â Â en alazÃ³n

Â Â Â Â Â Â a brazo partido

a codazos sirve poco

Â Â Â Â Â Â a lo mÃ¡s

Â Â Â Â Â Â un dÃ-a y una noche de lluvia

porque el polvo

Â Â Â Â Â Â enamorado

Â Â Â Â Â Â es su franco

Â Â Â Â Â Â y mayor revelador

Â

telonera

Cada quien va por el mundo (de la escritura) con su propia cartuchera de Ã³tiles. A mÃ- el viaje me permite asirme a cortinas y telones. Pueden estar desflecados o desteÃ±idos y ser incluso de papel machÃ©. Teatro rico o pobre. Pero los necesito para que la gente, aunque enmascarada, me hable de cosas ciertas. O que creo que son ciertas. Para proteger mis entradas y salidas. Para ocultar trastos, muebles desvencijados, platillos de pocillos viudos; en el centro, invitante, la concha del apuntador, falsa esperanza de que alguien te sople el argumento porque suele estar vacÃ-a pero tiene una lamparita macilenta, una escalera estrecha, la entrada de un tÃnel. Alguna puerta se entreabre donde nace el poema y me pongo a salvo.

Â Â Â Â Â Â Â¿QuÃ© decir pues luego de este abanico respecto del Â«mestiere di vivere, del mestiere di poetaÂ», como los llama el siempre admirado Cesare Pavese?

Â Â Â Â Â Â Que para muchos el oficio de vivir y el oficio de poeta se nos confunden en nuestra respiraciÃ³n, nuestras venas y el firmamento.

Â Â Â Â Â Â Que participo con ponderado entusiasmo en creaciones como las que me propuso Silvia Castellero, porque creo en la transmisiÃ³n.

Â Â Â Â Â Â Y por la seguridad que la poesÃ-a, quiero decir la vida, gana, ganarÃ¡ la partida.